

—A mí me gustaría más si fuera un retrato de verdad—dijo la Duquesa, recordando los versos de la arruga (si es que los había olvidado por completo).

Y después, como volviendo sobre su idea, añadió:

—La poesía también me gusta, y no debe de ser tan fácil describir en verso á una persona.....

—Ni tan difícil cuando se la conoce bien y se sabe con precisión lo que se ha de expresar. Ahora mismo se me ocurren, de repente, unos versos que, si no son un retrato acabado, pueden servirme de boceto si usted les otorga su pláceme.

—¿Cómo son? Dígalos.

—No son muchos; pero si á usted le agradan, con esa idea puedo hacer luego el retrato. Son, como si dijéramos, la postura que ha de tomar el modelo.

—Bien, bien, dígamelos, que me ha metido usted en curiosidad.

Pío Cid hizo una leve pausa, y al fin recitó en tono familiar el soneto que había improvisado, y que decía así:

Su fino rostro en luz azul bañado  
De sus grandes pupilas luminosas,  
Se recata en las ondas caprichosas  
Del mar de sus cabellos encrespado.

Su mirar dulce, suave, está velado  
Por plácidas visiones amorosas,

Y un rumor leve de ansias misteriosas  
En su boca entreabierta ha aleteado.

Su talle esbelto, airoso se cimbreo:  
Ora se yergue altivo, dominante,  
Ora se mece en lánguido vaivén,

Cuando le arrulla la fugaz idea  
De abrir su pecho á un corazón amante  
Y decirle: estoy sola y triste, ven.

—Me gustan esos versos—dijo resueltamente la Duquesa.—Va usted á escribirmelos antes que se le olviden. Casi estoy por decir que me satisface más su boceto que este retrato que me han hecho, después de dos semanas de molestarme..... Si su retrato sale como el boceto.....

—Yo haré cuanto esté de mi parte; pero tendrá usted que darme una fotografía; yo la recuerdo á usted muy bien con la imaginación, mas para los detalles no está de más.

—¿Cómo es eso? ¡Pues si yo creía que me iba usted á tener varios días de modelo! Me sorprende en usted la sencillez con que hace las cosas. Todos los artistas son algo cómicos; quiero decir, que fingen bien la comedia y nos asustan con sus preparativos; y usted trabaja con tanta naturalidad que casi, casi me figuro yo que, si cogiera la pluma, escribiría versos como los de usted. Pero voy á darle á usted á elegir la fotografía entre las varias que tengo—dijo la Duquesa, pasando al gabinete seguida de Pío Cid.



Tocó un timbre y ordenó á una de sus doncellas que trajese recado de escribir y un álbum que estaba sobre la mesa de su tocador.

Mientras Pío Cid escribía el soneto, ella recorrió rápidamente las hojas del álbum y sacó de él varias fotografías. Cuando el soneto estuvo terminado, lo tomó de la mesa para leerlo otra vez y dió á Pío Cid los retratos, diciéndole:

—A ver si le parece á usted bien ese que está encima, el del sombrero. Son mi manía los sombreros; lo único á que yo doy importancia en el traje.

—Pero en este retrato mira Vd. á los hombres como objetos—replicó Pío Cid con viveza.

—¿Y no le satisface á usted? Pues así soy yo..... Usted ha hallado una frase que á mí no se me había ocurrido; yo miro á los hombres como objetos—concluyó recalando las palabras.

—Más me gusta éste de los ojos bajos.

—Ese me lo hice á poco de tener á mi Jaime. ¿Y el escotado?

—Este tiene alguna semejanza con el que ha traído usted de París. Me gusta más, mucho más, éste de los claveles en la cabeza.

—Ahí era yo aún soltera.

—¡Qué lejos estamos.....!

—¿Ve usted?—interrumpió la Duquesa familiarizándose.—Siempre hay algún veneno en sus palabras.

—¿En qué palabras?

—Eso de decir que estamos lejos, es claro; lo dice usted como si hubiera pasado medio siglo.

—No era esa mi idea—replicó Pío Cid, dando á sus palabras una entonación melancólica que hasta entonces no le había notado nunca la Duquesa.—Aunque sólo hubiera pasado un mes, este mes sería largo, como un siglo entero, para el hombre que ve á una mujer casada ya y contempla la imagen de esa misma mujer cuando era pura como una flor que comienza á entreabrir su cáliz á la luz que ha de marchitarla.

—¿Entonces elige usted el de los claveles?—preguntó la Duquesa; y sin esperar la respuesta, se puso á leer el soneto con gran atención.

—Me decido por el de los ojos bajos—dijo al fin Pío Cid, después de examinarlos todos de nuevo.—Este es el más propio, el que mejor se armoniza con mi idea.

—Hay en estos versos intención; en todo lo que usted hace hay intención, mala, por supuesto—dijo la Duquesa, doblando el papel.—Cada día me convenzo más de que usted no es lo que parece. Quiere usted parecer un hombre toseco y vulgar, y lo que usted es realmente es un hombre de mundo; desprecia usted la educación, y es usted un caballero discretísimo cuando quiere serlo.

—¿Lo dice usted quizás por los versos? Ahí no me muestro yo como soy; por no ofenderla



á usted he tomado un carácter falso, plegándome á las circunstancias; mas cuando yo encuentro en el mundo una mujer hermosa como usted, mi primer impulso, el que es mi natural, no es ciertamente discretear con ella.....

—Entonces, ¿cuál es?

—Cogerla debajo del brazo y llevármela á mi casa—contestó Pío Cid con tono violento.

—¡Horror!—exclamó la Duquesa, y se levantó riendo á carcajadas.—Usted es un salvaje, ó por lo menos tiene la coquetería de parecerlo..... Porque los hombres también tienen sus coqueterías, y peores que las de las mujeres..... Va usted á conseguir inspirarme miedo.

—Pues para tranquilizarla me voy—dijo Pío Cid, levantándose y estrechando la mano que la Duquesa le ofrecía.—¡Ojalá que el retrato le agrade y me congracie de nuevo con usted!

—Yo estoy segura de que saldrá bien.

Al decir esto, la Duquesa se imaginaba ya que el retrato sería algo por el estilo de los versos: la imagen de una mujer melancólica soñando en vagos amores. Sorprendióse, pues, no poco cuando al cabo de algunos días de espera se presentó Pío Cid con su trabajo. Era éste un pequeño dibujo al lápiz, ejecutado con tal maestría y perfección, que parecía desde lejos una miniatura de estilo original. El parecido era perfecto, y la compostura la misma

que la de la fotografía de los ojos bajos; pero los ojos de ésta se fijaban en un abanico, cual si contaran el varillaje, y en el dibujo contemplaban amorosamente, ¡cómo había de imaginarse esto la Duquesa!, un niño en pañales. La madre le apretaba con el brazo izquierdo contra su seno, y se cubría éste con la mano derecha, en tanto que el niño parecía mamar muy satisfecho, mirando con el rabillo del ojo. La Duquesa veía el retrato con inquietud, sin saber si aquello era una broma intolerable ó una ocurrencia espiritual, y al fin, sugestionada por el casto y noble sentimiento que de la estampa se desprendía, la comenzó á mirar con ojos de benevolencia y dijo:

—Quien no le conociera á usted, no creería que esto es verdad aunque lo viera. La verdad es que no hay en todo el mundo un tipo tan extravagante como usted.

—¿A eso le llama usted extravagancia?

—Extravagancia con asomos de locura, que algo de loco tiene usted.

—Así se escribe la historia. Y, sin embargo, ese retrato es copia del boceto que mereció su aprobación.

—¿Que está tomado del boceto?

—Naturalmente. En los sonetos la idea madre está al fin, y la idea del mío era esa misma:

..... abrir su pecho á un corazón amante,  
Y decirle: estoy sola y triste, ven.

..... ¿Qué mejor amigo, qué corazón más



amante y más tierno para una mujer que el de un hijo suyo, sobre todo cuando es pequeño y no siente ningún otro amor que haga sombra al amor que siente por su madre?

—Ahora comprendo—dijo la Duquesa, por decir algo, sorprendida por la astucia con que Pío Cid se le escabullía de las manos.

—No hay para la mujer refugio más seguro que el amor maternal. ¡Cuántas mujeres, quizás usted misma, sufren el hastío de la vida porque buscan la felicidad en frívolos pasatiempos, cuando la hallarían en el amor de madre! Y esa frivolidad es tanto más perniciosa cuanto que además de no aturdir por completo, ni ocultar el vacío de la existencia, desarraiga y seca los sentimientos, y llega hasta cortar el ligamen natural entre padres é hijos. Yo comprendería que se destruyera ese amor de la sangre para levantarse al amor espiritual y poder amar al hijo del vecino como al propio; pero destruirlo para no amar á nadie es buscarnos nuestra perdición.

—Muchas veces se nos juzga mal—dijo la Duquesa, como hablando consigo misma,—porque no se conoce nuestro pensamiento. ¡Mujeres hay que parecen frívolas, y que quizás llevan en el fondo de su alma grandes penas, tan grandes que no se olvidan ni en medio de esos aturdimientos buscados justamente para olvidarlas!

—¿Cómo se van á olvidar, si las penas no se olvidan sino cuando se las destruye trans-

formándolas? Buscar el aturdimiento es una cobardía. El que por no oír la verdad se tapa las orejas, ¿ha destruído la verdad? Lo que ha hecho ha sido afirmarla sin conocerla. Y el condenado á muerte que está en capilla y oye con angustia cómo va el reloj dando las horas, y para no oírlas se pone á gritar, ¿retrasa con eso la hora de subir al patíbulo? Más vale afrontar la verdad entera, porque, aunque la verdad sea dolorosa, el dolor es fecundo y crea alegrías que las agradables ficciones no crearán jamás. Si usted sufre, declárese á sí misma, sin engañarse, cuál es su sufrimiento; recójase y medite luego sobre él, y verá salir de él un deseo que la llevará, como de la mano, á un placer nuevo, desconocido y tan hondo como el sufrimiento que lo ha engendrado.

—No sabía de cierto lo que era usted—dijo la Duquesa con aire grave;—pero ahora que me ha hablado usted así, pienso que usted es lo que se suele llamar un amigo de las mujeres. Sabe usted inspirar confianza como un confesor y vale usted más que un confesor, porque los confesores lo juzgan todo con arreglo á la religión, y hay cosas que corresponden al tribunal de psicología..... Una mujer casada, sin que se haya consultado su voluntad, contra su gusto, por razón de Estado, como si dijéramos (que esto suele ocurrir no sólo en las familias reales, sino también en las aristocráticas, y aun en las simplemente ri-



cas), no puede, aunque quisiera, amar á su marido. He aquí un caso que no es nuevo. Un confesor le dirá á esa pecadora: «Esfuércese, y ya que no amor, tenga al menos estimación por su esposo; éste es su deber». Y, sin embargo, pregunto yo: ¿no puede haber casos en que un hombre no tenga derecho ni aun á esa estimación por indigno de ella?

—Claro está que los hay—contestó Pío Cid con tono resuelto.—El derecho á amar es el más sagrado, y quien lo infringe es un criminal peligroso..... Esa mujer que se casó sin amor, acaso no podrá amar tampoco á los hijos que tenga con el hombre á quien no ama. La sangre tiene también sus misterios.

—¿Qué diría usted de un hombre que, creyendo á una mujer culpable, la perdona y luego se dedica á mortificarla diariamente con alusiones groseras?

—Diría que es un cobarde, ó quizás un infeliz, que creyó tener fuerza de alma para perdonar sin tenerla, y que, por no atreverse á hacer un gran mal de una vez, va haciendo el mal á pequeñas dosis..... Pero hay también que saber si la mujer era ó no culpable. Si era culpable, no hay disculpa para la bajeza del hombre; mas si no lo era, casi me inclino en contra de la mujer.

—¿Cómo? Siendo inocente y ofendida por una inculpación infundada.....

—Por eso mismo. Si hubiera sido culpable se humillaría, y el hombre que se ensaña

con ella sería un miserable; pero si era inocente, el perdón ha debido irritarla más que la ofensa, ha debido tomar odio contra el hombre, y así es natural que el hombre se haya vuelto con ella duro y despiadado. Hay algo peor que una falta: la apariencia de la falta; porque de la falta, por ser una realidad, puede salir algo bueno; mas de la apariencia no pueden salir más que ficciones, sentimientos sin apoyo en la naturaleza..... Así, á la mujer de que usted me ha hablado yo le diría sin vacilar: cometa usted inmediatamente la falta que no ha cometido, humanícese, y todo lo arreglaremos.

—Pero, por Dios, Sr. Cid—interrumpió la Duquesa,—no eche usted á perder sus atinadas razones con esas salidas de tono. No sé qué gusto saca usted de lanzar adrede esos disparates.....

—¡Disparates! ¿Cómo explica usted entonces que el público se complazca en impulsar con sus murmuraciones á convertir en faltas reales las simples apariencias? ¿No ocurre todos los días que una mujer comienza á coquetear inocentemente, y que muy pronto, presa en las garras de la murmuración, es arrastrada al adulterio?

—¡Es verdad!—exclamó espontáneamente la Duquesa.—¡Es verdad! Ese es el caso en que se dice que el público hace de Gran Galeoto.

—Pues bien; yo creo que el público lleva razón, porque el público la lleva siempre que



obra por instinto. Una mujer que da lugar á que se murmure de ella, es casi seguro que es desgraciada; no falta á sus deberes por miedo, y el público se lo quita hostigándola con anticipadas é injustas censuras.

—Si en vez de hablarme usted á mí le hablara á una mujer sin experiencia, sería usted peligroso—dijo la Duquesa levantándose y poniendo sobre un velador el retrato que aún conservaba en la mano. Y ya de pie, añadió en son de reprimenda:

—Con esas ideas de usted, adiós religión, leyes y moral. Todo se vendría abajo. Porque no hay escapatoria: lo que usted sostiene es el derecho al adulterio.

—Es que yo no soy sacerdote, ni moralista, ni abogado; yo defiendo los derechos del corazón.

—Pero esos derechos están en contra de la sociedad.

—No tanto. ¿Qué pueblos son los que matan á pedradas á la mujer adúltera ó la arrojan por un precipicio? Pueblos bárbaros donde jamás moró la belleza ni el arte. En cambio, vea usted en Grecia cuántas luchas antes de que fuera destruída Troya, baluarte del amor.

—Pero al fin fué destruída.

—Fué destruída porque sin el honor es imposible la existencia de un pueblo, como sin el amor es imposible la de un individuo. Pero si Troya hubiera sido aniquilada en bre-

ves momentos por un rayo de Júpiter, ni hubiera existido la *Iliada*, ni el arte griego, ni acaso existiríamos nosotros. Lo hermoso en aquella lucha es que hay dioses que defienden el fuero del amor, y que el mismo Júpiter, el mayor de los dioses, se inclina ya á uno, ya á otro de los bandos, como si estuviera perplejo ante la gravedad del litigio.

—Y si usted hubiera vivido en aquellos tiempos—preguntó la Duquesa bromeando,—¿hubiera sido troyano?

—Hubiera ayudado á robar á Elena por antipatía contra Menelao, y después hubiera ayudado á destruir á Troya por antipatía contra Paris.

La Duquesa guardó silencio y se fué á sentar en una butaca junto al balcón, lejos de Pío Cid, como para desvirtuar con la distancia la gravedad de lo que se le ocurría decir; miró un rato al través de los visillos, y preguntó:

—Pero si yo no recuerdo mal, usted me decía ayer que el amor más noble es el del espíritu. ¿Cómo ahora justifica usted que una mujer falte á sus deberes? Le comprendería á usted si fuera usted un seductor, porque un seductor no se para en barras para conseguir su objeto. Siendo usted un hombre serio, honrado y digno, me extraña su modo de pensar. Si usted supiera, voy á suponer, que yo tenía un amante, ¿le merecería yo el mismo concepto que hoy le merezco?



—Precisamente—contestó Pío Cid con desenfado—me han dicho, hace algún tiempo, que usted tenía un amante, y no le di crédito á la noticia, y aun siendo cierta, no le hubiera dado importancia. Yo no podía aspirar al amor de usted por mil razones que saltan á la vista, principalmente porque yo he entrado en esta casa por la puerta de la servidumbre, y no ha sido para mí escaso honor alcanzar que usted, venciendo su prevención, me conozca y me trate como caballero. Y aunque yo aspirara á ganar su afecto, éste sería tan noble que no podría descender á envidiar otros afectos vulgares. Porque yo pienso que si usted habla tan tristemente de la vida y no desdeña escuchar la palabra de un hombre de tan escaso valer social como yo, es porque no tiene puestos sus ojos en quien sea capaz de llenar el vacío que hay en su alma; y todo lo que no fuera esto, distaría tanto del verdadero amor como el guijarro del diamante.

—¿Y quién le han dicho á usted que es ese amante que me atribuyen?—preguntó la Duquesa sin darse por ofendida, para ver hasta dónde llegaba la frescura de espíritu de su interlocutor.

—Me han dicho que es un capitán de húsares, y esto mismo me convenció de que la noticia era falsa.

—¿Porqué?

—Porque la afición á las charreteras, espuelas, estrellas, galones y demás arreos mi-

litares es propia de la primera juventud. Cuando una mujer pasa de los veinticinco años, busca algo más hondo en el hombre.

—Tiene gracia eso que usted me dice. ¡Al fin, al fin, he encontrado un hombre franco en el mundo! Pero ya que es usted tan franco, le voy á rogar me diga sinceramente si cree que una mujer puede faltar á sus deberes sin dejar de ser digna, sin que la acuse su propia conciencia.

—Sí lo creo. La indignidad está en envilecerse por satisfacer bajas pasiones; no lo está en librarnos del yugo del deber cuando el falso deber nos envilece. Tiene además la Naturaleza leyes inviolables, y aunque quisiéramos no podríamos burlarlas. ¿Cree usted que el amor se resigne al perpetuo sacrificio....? Un hombre joven, inexperto, halla en su camino á una mujer caída y quiere generosamente regenerarla; mas esta generosidad es peligrosa, porque bien pronto el egoísmo amoroso, que es el más violento de todos los egoísmos, reflexionará así: «¿He nacido yo acaso para tapar faltas que otros cometieron? ¿He de satisfacerme con aspirar el perfume de una flor marchita, arrojada en el suelo, pudiendo deleitarme con la fragancia pura de una flor que yo mismo corte y coja el primero en mis manos?» Y ese egoísmo irá insensiblemente á buscar nuevos amores aunque la conciencia proteste. ¿Qué vale la voz de la conciencia cuando la ahoga la lamentación de la carne?



En cambio, un hombre que ha cometido graves tropelías puede sin gran martirio emprender esa obra de redención, porque su sacrificio le parecerá una expiación voluntaria de sus propias culpas.

—¡Eso es verdad!

—Y lo mismo la mujer. Una mujer cuyos sentimientos han sido sacrificados, que no ama ni puede amar al hombre á quien debe de amar, está al borde de un precipicio. Por muy firme que quiera tenerse, ¿qué ocurrirá si un día se subleva contra ella su corazón esclavizado? ¡Si al menos esa mujer tuviera para defenderse el recuerdo de un día de verdadero amor! Una falta cometida por instigaciones del corazón, le daría fuerzas para soportar resignadamente los más largos y duros tormentos.

—¡Eso es verdad!—repitió la Duquesa levantándose con un movimiento nervioso.—Usted conoce el corazón humano. ¡Es verdad!—añadió, sentándose de nuevo; y apoyando la cabeza contra el respaldo de la butaca, cerró un instante los ojos, y reclinada sobre su esponjada cabellera, parecía dormir y soñar.

—¡Es triste que esté hecha así el alma humana! Mas, ¿qué remedio cabe? Lo mejor sería tener fuerzas para remontarse de un vuelo al amor espiritual; ¡pero son tan pocos los que las tienen! Cuando nos consume la sed de venganza contra una ofensa injusta ó nos muerde

el ansia de desquite por un sacrificio demasiado penoso, y no tenemos ánimo para perdonar ni para resignarnos, es más noble dar salida á nuestras pasiones en algún acto censurable, que no guardar la protesta sorda que nos va envenenando poco á poco. Una falta es un hecho humano, y acaso tenga la virtud de aclararnos el entendimiento y permitirnos ver lo que antes no veíamos y darnos alas para subir adonde soñáramos.

—Yo no había oído jamás hablar tan sinceramente—dijo la Duquesa con lentitud y mirando de soslayo á un espejo, por el que veía á Pío Cid sin que éste lo notara.—Yo envidio su fuerza y su resolución, y desearía ser fuerte aunque fuera para el mal. Yo debía tener siempre á mi lado á un amigo como usted..... Quizás es usted el único á quien yo pudiera llamarle verdadero amigo. Pero en este vaivén de la vida todo pasa volando, y ni siquiera hay tiempo para que una amistad eche raíces..... Hoy he estado yo triste pensando en que he de emprender mañana mismo un largo viaje.....—añadió volviendo la cabeza y mirando al balcón, por el que entraban las últimas luces de la tarde.

—¿Se va usted?—preguntó Pío Cid con aire de tristeza.

—Me voy—dijo la Duquesa, notando por el espejo la palidez del rostro de Pío Cid,—y lo que más siento es perder su conversación, que es para mí tan sugestiva..... Usted no sabe



las veces que recuerdo sus palabras. Ojalá supiera yo discurrir como usted y ofrecerle ideas más atractivas; pero las mujeres somos tan.....

—Usted es una mujer adorable—dijo Pío Cid levantándose y mirándola con afecto,—y aunque me tenga por hombre tan fuerte, crea que ahora estoy impresionado como un niño de pensar que se va.....

—¿Qué hacer?—dijo la Duquesa, extendiendo la mano con abandono.

Pío Cid se acercó, y al mismo tiempo que cogía la mano y la estrechaba, miró á la Duquesa con aire tan dolorido, que ella se sintió vivamente impresionada; de repente se puso de pie, mientras tenía cogida una mano, se pasó la otra por los ojos y luego la apoyó en el hombro de Pío Cid, como si se afianzara para no caer; por último, le echó el brazo al cuello, cerró los ojos y juntó con los labios de él sus labios entreabiertos, desplomándose como si estuviera completamente desvanecida. Pío Cid la sujetó suavemente por la cintura, la condujo en peso hasta el sofá, la tendió con cuidado, poniéndole un cojín debajo de la cabeza y se puso á mirarla de rodillas, temeroso de ver la tempestad que él mismo había desencadenado. Ocurríansele los más varios y encontrados pensamientos; aun llegó á suponer que la Duquesa no estaba desmayada, sino muerta y convertida en estatua yacente. Esta idea, junta con el temor, el silencio y

la obscuridad de la noche, que ya enviaba sus primeras sombras, le enardecieron el espíritu, y sintiéndose de súbito inspirado comenzó á recitar, con voz apagada, una canción, á cuyos conceptos la Duquesa, incorporándose lentamente, apoyó un codo en el cojín y cruzó las manos para escucharle en la actitud del que reza:

Bajo la verde bóveda sombría,  
La luz del claro día  
Llega á mis tristes ojos, tenue y vaga;  
Espléndido la envía  
El sol, y el bosque lóbrego la apaga.

Bajo la verde bóveda del cielo,  
Una luz de consuelo  
Llega á mi pobre espíritu insegura;  
Rasgó el amor su velo,  
Mas su imagen quedó en la noche oscura.

Yo solo sé lo que es amor humano:  
Vislumbro muy lejano  
Otro amor que, sin verlo, me fascina;  
Un amor soberano  
Que al creyente consuela é ilumina.

Yo sé lo que es amor; el amor santo,  
El puro y noble encanto  
De la madre que al niño arrulla y mece  
Al son de un suave canto,  
Que canción del espíritu parece.

Pero no sé lo que es amor divino,  
Ese amor que imagino  
Como ardiente latir de un corazón



Que rige el torbellino  
De los astros con mística atracción.

Yo sé lo que es amor: la viva llama  
De un corazón que ama,  
Prisionero de amor en fuertes rejas,  
Y, humilde, llora y clama,  
Sin que otro corazón oiga sus quejas.

Pero no sé lo que es amor divino;  
Ese amor que imagino  
Como luz refulgente de los cielos,  
Espejo cristalino,  
Donde el amor refleja sus anhelos.

Yo sé lo que es amor: el firme lazo  
Que con nervioso abrazo  
Mi amada en torno de mi cuello anuda,  
Palpitante el regazo  
Y el universo en la mirada muda.

Pero no sé lo que es amor divino;  
Ese amor que imagino  
Como éxtasis sublime de la mente,  
Resplandor diamantino,  
Que brilla, sin quemarse, eternamente.

Yo sé lo que es amor: el noble fuego  
Que me roba el sosiego,  
Cuando una idea radiante, en la penumbra  
Surge, y yo, absorto, ciego,  
Miro, sin ver, su luz que me deslumbra.

Pero no sé lo que es amor divino;  
Ese amor que imagino  
Como fuego sagrado de la idea,  
Artista peregrino,  
Que con llamas de amor sus obras crea.

Yo sé lo que es amor: ¡Cuántos amores,  
Pálidos como flores  
Que viven sepultadas en la umbría,  
Soñando en los colores,  
Con que la luz del sol las bañaría!

Mas yo quiero otro amor, un solo amor,  
Un fuego abrasador  
Que derrita este hielo en que cantivo;  
Un brillante fulgor  
Que disipe estas sombras en que vivo.

¡Oh amor divino, ten de mí piedad,  
Muestra tu caridad  
Con el que en tierra se postró de hinojos;  
Rompe esta obscuridad,  
Haz que un rayo del cielo abra mis ojos!

Cuando Pío Cid oyó extinguirse los últimos ecos de su canción amorosa, se deslizó sin ruido, dejando á la Duquesa absorta y como embebecida en la contemplación de lejanas visiones. Largo tiempo duró aquel sereno éxtasis, cuya virtud sobre el alma de la Duquesa fué tal y tan maravillosa, que al salir de él se halló como en un mundo nuevo, ideal y soñado. Sus ojos estaban llenos de lágrimas, y su corazón de ansias temblorosas é inexplicables. Creía haber despertado de un sueño profundo, y no sabía fijar el punto en que el ensueño había huído y la realidad había recobrado su imperio.

Se levantó con lentitud y se encaminó hacia la puerta por donde Pío Cid había desaparecido; pero no acertó con ella y comenzó á



mirar á todos lados como si se encontrara en una casa desconocida; luego se dirigió al balcón para asomarse á la calle, pero retrocedió impresionada por el espectáculo de la bóveda celeste, en la que brillaban nuevos astros que ella nunca había visto y que ahora con su concierto de luz la anonadaban y le sugerían sentimientos de humilde y piadosa tribulación; por último, se volvió á sentar, y ocultando el rostro entre las manos se preguntaba á sí misma quién era aquella mujer que dentro de ella estaba y que le parecía una criatura nueva en el mundo.

Sólo acertaba á comprender claramente el ritmo espiritual que dejara la canción de amor, cuyas estrofas se diría que flotaban esculpadas en las ondas de aire; y entre todas, una, la evocación del dormido amor materno, vibraba con tanta fuerza que la Duquesa no sólo la oía, sino que creía verla por doquiera en letras brillantes:

Yo sé lo que es amor; el amor santo,  
El puro y noble encanto  
De la madre que al niño arrulla y mece  
Al son de un suave canto,  
Que canción del espíritu parece.

Mientras tanto Pío Cid se había dirigido á buen paso á su casa, aunque gustosamente se dirigiera á un desierto donde poder meditar sosegadamente sobre las raras impresiones que le agitaban, no obstante ser su espíritu

tan fuerte y tan avezado á los misterios de la vida. Sacóle de su abstracción el estudiante Benito, que topó con él en las escaleras de la calle de Villanueva y le detuvo diciéndole:

—Una noticia le espera á usted que le disgustará de seguro. ¿No sabe usted que la buena Mercedes acaba de largarse de la casa?

—¿Cómo ha sido eso, pues? preguntó Pío Cid sorprendido.

—Yo no sé. Creo que todos estaban fuera de casa, excepto D.<sup>a</sup> Justa. No sé más que lo que me ha dicho Valentina..... Yo no quiero meterme en nada; pero creo que Gandaria anda en el ajo. Á mí me ha dado en la nariz, y...

—Bien está. Esa criatura ha nacido por lo visto para rodar pelota.

—¿Qué es lo que le ha caído á usted aquí? —preguntó Benito, tocando á Pío Cid en el hombro y cogiéndole después por la solapa de la levita para olerla y cerciorarse de lo que fuese aquel extraño polvillo.—Parecen polvos de rosa. Tienen un olor finísimo.

—No sé lo que será—contestó Pío Cid sacudiéndose con un pañuelo y agradeciendo en su interior aquel aviso, que le libraba de una gresca con Martina.

—No le detengo á usted más—dijo Benito bajando las escaleras;—esta noche volveré un rato.

Entró Pío Cid en su casa malhumorado, y D.<sup>a</sup> Justa se apresuró á repetirle la noticia de la fuga de Mercedes.



—Ya me lo han dicho, y no debe sorprenderme que haya aprovechado para irse de aquí la misma idea que yo le di para escapar de casa de Olivares. Así son las cosas de esta vida. ¿No le dijo á usted nada antes de irse?

—No. Vino llorando á la cocina y me dijo que sentía mucho dejarnos. Casi no podía hablar la pobre. Dijo que esa sería su desgracia, pero que había nacido con ese sino y que qué iba á hacer. Y se fué hecha una Magdalena.

—Bueno; no hablemos más de lo que ya no tiene compostura. Ya sabremos de sobra dónde está y cómo le va.

—No me mires tan serio —interrumpió Martina.—Yo no he tenido arte ni parte.

—No te miro de ningún modo ni te echo la culpa. Si la tuvieras, allá tú te las avengas contigo misma.

—¿Qué olor es ese que traes?—preguntó entonces Martina, que desde que entró Pío Cid no cesaba de aspirar con extrañeza el delicado perfume.—Esto parece cosa de mujer—añadió acercándose.—No lo parece, sino que lo es. ¿Á ver.....? Esta mano es la que más te apesta.

—Será de haber saludado á la mamá de Jaime, que se ha despedido de mí. Se va al Extranjero con su hijo.

—Lo dices así como con sentimiento. ¿Es de verdad que se va? Porque te comunico que la

señora esa, ó la tía esa, me está dando muy mala espina.

—Yo no vuelvo más á dar lecciones, y si se va ó no se va, no es cuenta mía ni tuya. Y ten la bondad de no requisarme más, porque no estoy para que me quemes la sangre—concluyó con tono seco, metiéndose en su habitación.

Supo al día siguiente por Valle que Mercedes se había ido á vivir á la calle de Claudio Coello, á un segundo piso con vistas al campo, que Gandaria había hecho amueblar muy decentemente; y en el acto decidió escribir á la joven, no para disuadirla, sino para quedar con ella en buena armonía, pensando en el porvenir, y darle de paso algunos útiles consejos, el primero y principal de los cuales era que no contara nunca á Adolfo las miserias de su vida, ni menos que ella y su padre habían pedido limosna, porque estas confidencias darían al traste con el afecto que su amante pudiera tenerle. Le decía, por último, que, en caso de verse abandonada, pensara siempre en él y en su casa, que estaba siempre abierta para recibirla; y á fin de que por su flaca memoria no olvidara este ofrecimiento, le enviaba con la carta una moneda moruna de extraordinarias virtudes, diciéndole que no se la daba por ser recuerdo de familia; pero que se la prestaba á condición de que le fuera devuelta por la misma Mercedes en persona, en el caso de que las relaciones con Adolfo terminaran.



Escrita la carta, fué él mismo á llevarla al correo, cruzándose en la calle sin conocerle, con un criado de la Duquesa que le traía una esquila de su señora, para entregársela en propia mano. Martina la recibió y la dejó en el despacho de su marido, no atreviéndose por el momento á abrirla; pero después de dar muchas vueltas y de disculparse á sí misma con la razón de que entre un hombre y una mujer que se aman no debe de haber secretos, rasgó el tentador sobre y leyó una sola línea de firme y resuelta escritura, que decía no más:

«Esta tarde estaré en casa.—S.»

—¡En casa!—exclamó Martina, como si le hubiese picado una víbora.—¡Y S!, P debía de firmar, y Pu....., y Dios me perdone. Esto no pasa de aquí..... Ahora se verá quién es Martina de Gomara.

Y en un vuelo se calzó, se echó una falda y se puso el abrigo y el sombrero que halló más á mano, y se lanzó escaleras abajo resuelta á acudir á la cita y verse cara á cara delante de aquella mujer que tan impudicamente trataba de robarle el padre de sus hijos. Mas pocos pasos había andado cuando, al pasar por delante de una peluquería, vió en el escaparate dos cabezas de mujer, tan linda y primorosamente peinadas, que la hicieron detenerse un instante á contemplarlas; vió también su propia imagen multiplicada en varios espejos y se acobardó y perdió su resolución.

¿Cómo presentarse de aquel modo delante de una encofetada señora, que quizás ni querría hablar con ella, tomándola por una criada? Volvió, pues, á desandar lo andado, y entró en su casa como una flecha y comenzó á revolver los armarios y los cajones de la cómoda para vestirse con los trapicos de cristianar. Se puso los zapatos de charol y el vestido negro de seda, y el sombrero de castor con plumas verdes, regalo de su marido; los mejores zarcillos y el velo de motas grises; la pulsera y el aderezo de perlas y esmeraldas, sin olvidar el manguito y el precioso quitasol de encaje.

Aun con todos estos adornos le pareció su figura poco expresiva, y tuvo por primera vez en su vida la idea de pintarse; halló en un cajón del tocador un pedazo de corcho quemado, que le servía á Valentina para untarse de negro las cejas, que de puro claras apenas se le conocían, y subiéndose el velillo se pintó un poco las cejas y pestañas, con lo que sus grandes y rasgados ojos se asemejaban á dos simas infernales.

En estas idas y venidas topó, sin pensarlo, con la ropa de su marido; y como de repente se le había despertado una terrible desconfianza, la registró, y para colmo de su desventura halló en el bolsillo interior de la levita el retrato de la Duquesa, el de los ojos bajos, que Pío Cid, por no parecer desatento, no quiso devolver. Gran esfuerzo tuvo que



hacer para no echarse á llorar, y acaso no lloró por no descomponerse el rostro; mas su rabia fué tal, que del despacho fué derecha á la cocina, y con ideas siniestras cogió un cuchillo que escondió dentro del manguito. Entró en la alcoba á dar un beso á los niños, que dormían como dos ángeles. Su mamá, que estaba allí cosiendo, le preguntó:

—¿Adónde vas tan compuesta?

—Voy á buscar á Pío para dar un paseo. Me duele la cabeza, y yo creo que es de estar siempre encerrada en casa.

Volvió Pío Cid á poco, y lo primero que vió al entrar debajo de la mesa de su despacho fué el sobre de la carta de la Duquesa, cuya letra conoció al punto; entró en la sala y halló todas las cosas por medio; preguntó por Martina y supo que había ido á buscarle.

—No hay duda—pensó;—el buscarme es un pretexto, y adonde va es á mover un escándalo. Vamos allá.

A mitad de camino la divisó marchando tan erguida y gallarda que para verla más tiempo aflojó el paso y le fué haciendo la ronda hasta que, cerca de la casa de la Duquesa, le dió alcance. Antes que él le hablara volvió ella la cabeza y se detuvo.

—Hace un rato que te sigo—dijo él;—¿adónde diablos vas á buscarme? Al menos tu madre me acaba de decir que ibas en busca mía para dar un paseo.

—Algo más que un paseo—contestó Martina agriamente.—Voy á devolver á su dueña un retrato que he encontrado en tu ropa. Tú no tienes aquí nada que hacer.

—Siempre tomas las cosas por donde que-man. Ni siquiera me acordaba de tener tal retrato. Por olvido no lo devolví.

—Y te lo dieron y lo tomaste por olvido....., ó es que ibas á formar una galería de bellezas. Mal gusto has tenido para empezar, porque tipos como ese los encuentras en medio de la calle á cualquier hora.

—No seas majadera, mujer. Ese retrato me ha servido de modelo para hacer un dibujo; no me lo han dado á mí, ni había para qué..... Pero vamos andando, y no estemos aquí de plantón.

—¿No dices que no te importa nada la sociedad?

—No me importa; pero tampoco me agrada dar espectáculos en la vía pública. ¡Y que no estás llamativa en gracia de Dios!

—Pues con irte está resuelta la dificultad.

—Me iré; y tú te vienes conmigo, y andando me dirás todo lo que quieras.

—Antes tengo que entregar el retrato y hablar cuatro palabras con esa..... señora.

—El retrato se le puede enviar por el correo. Yo se lo enviaré, diciendo que me dispense el olvido.

—¿Pero tú crees que yo me mamo el dedo?

—Lo que es ahora te pasas de lista. La se-



ñora esa supo que yo era algo dibujante, y tuvo la ocurrencia de que le hiciera un retrato á la pluma. Esto es todo.

—Y ¿cómo no has lucido esa habilidad conmigo?

—Porque tú no estimas esas cosas. No les haces caso; dices que son tonterías. Ayer, sin ir más lejos, te di á leer algo mío, y dijiste que no te gustaba perder el tiempo en cosas inútiles.

—Pero un retrato sí me gustaría que me lo hubieras hecho.

—Pues te lo haré hoy mismo..... Pero vámonos de aquí, que si no nos van á dar cerrada.

—No me muevo si antes no me ofreces que mañana mismo te vas á Barcelona á arreglar casa para que todos vivamos allí. Es una idea que se me ha ocurrido hoy—agregó Martina, que no quería descubrir lo de la carta de la Duquesa; —no es por nada. Es que no quiero más Madrid, ni engarzado en diamantes. Esto es una zahurda; aquí no se respeta á nadie. Ahora, al salir de casa, venía siguiéndome, ¿no lo has visto?, un viejo verde que podía ser mi abuelo. ¿Qué le parece á usted? Ganas me han dado de volverme y meterle la sombrilla por los hocicos.

—Ya veremos despacio lo que conviene. No tengo interés por estar aquí ni en ninguna parte del mundo. Todo me parece lo mismo y en todas partes me encuentro como el pez en

el agua....., en agua sucia, se entiende. Si puede ser, me iré.

—No es si puede ser; has de decirme que sí, y que mañana mismo sin falta.

—Bueno; ofrecido—afirmó Pío Cid echando á andar.

—Pero no creas—agregó Martina, siguiéndole recelosa—que te vas á ir á vivir donde está mi prima.

—Tu prima no está en Barcelona.

—¿Cómo lo sabes?

—¿No me diste tú á leer una carta en la que decía que se iba contratada á Bilbao y después á Oporto?

—Es verdad—asintió Martina;—no sé lo que me digo. Tú tienes la culpa de lo que me pasa. He perdido la fe en ti, y me parece siempre que vas á engañarme. Yo no puedo ser ya feliz—añadió, á punto de llorar.—Te creía un hombre leal, y veo que eres falso como todos. Luego te quejarás de que te pierda el cariño que te tenía..... ¡Sí! Te lo voy perdiendo; te lo juro.

—Esas son niñerías. Mañana no te acuerdas más. Y yéndonos de Madrid, con mayor razón.....

—Una idea se me ocurre para celebrar la despedida—dijo Martina al salir por la calle del Barquillo á la de Alcalá;—vamos á comer juntos donde primero se nos antoje. Con el disgusto se me ha abierto el apetito..... Pero no lo echés á broma; cree que cuando vi el



retrato me dió un vuelco el corazón. Pero, hombre—agregó sacando el retrato del manguito,—si no vale nada la mujer ésta; yo creía que era otra cosa. Vamos, ¡bah! (rompiéndolo en varios pedazos), ni siquiera vale la pena de devolverlo. Supongo que no te ofenderás porque lo tire por ahí (tirándolo por la boca de una alcantarilla). Después de todo.....

—No me ofendo por nada; pero ¿qué es lo que llevas ahí en el manguito?

—Un cuchillo. Quizás si no me alcanzas, á estas horas hubiera hecho con el original lo que acabo de hacer con el retrato. Y si no te vas mañana, así, así, riendo, haré algo gordo. ¿No te he dicho que tú no me conoces á mí?

—Sí te conozco, y sé que tienes sangre y que la sangre te ciega y te hace ver lo que no existe más que en tu imaginación. Pero ¿y ese apetito?

—No es de comer muchos platos—dijo Martina, cogiéndose del brazo de Pío Cid;—es un desefillo que me ha venido de comer fuera de casa; ¿te acuerdas cuando el embarazo? Entonces eras más amable. Vosotros los hombres, en cuanto una mujer tiene chiquillos, la jubiláis, como si ya no sirviera para nada. ¿Sabes lo que más me apetece? Unas ostras y una copita de manzanilla.

—Pues si quieres entraremos aquí.

Martina soltó el brazo de Pío Cid y entra-

ron en Fornos. Como entraron en un cuarto reservado, no ha sido posible averiguar la interesante conversación que allí tendrían; pero el viaje debió quedar decidido, porque al día siguiente bajaron los dos á la estación del Mediodía á la hora del expreso, en el que salió Pío Cid para Barcelona, donde el porvenir le reservaba nuevos y utilísimos, al par que famosos trabajos. Martina no le dejó pie ni pisada hasta verle partir, desconfiada y temerosa de que, si le dejaba solo, fuera á despedirse de la Duquesa.

Pío Cid partió contento, porque en estos cambios decididos por el azar, y á los que él nunca se opuso, creía ver la acción de la fuerza misteriosa que rige la vida de los hombres, encaminándoles hacia sus verdaderos destinos. Sin embargo, la idea de haber vuelto á la Duquesa las espaldas sin una mala excusa le preocupaba, é iba pensando remediar esta involuntaria desatención con una carta de despedida. Como lo pensó lo puso por obra; en la parada de Alcalá de Henares pasó al coche-comedor, y pidiendo avíos de escribir urdió una original y piadosa misiva, que echó en el buzón al detenerse el tren en Guadalajara.

Á otro día, por la tarde, volvía la Duquesa á su casa, después de tener una larga y secreta entrevista con su galanteador favorito, el arrogante capitán de húsares, y créese que, no obs-